



ENTREVISTA A MANUEL ALVAR EZQUERRA

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

JESÚS SÁNCHEZ LOBATO. Universidad Complutense.

Comencemos con una pregunta directa: ¿es Vd. lexicógrafo?

Dedico una gran parte de mi actividad a la lexicografía –y a las disciplinas relacionadas con ella–, tanto en la investigación y en la docencia como en la práctica, pero en primer lugar soy profesor universitario.

¿En qué consiste la lexicografía?

Durante mucho tiempo se ha considerado a la lexicografía como una rama utilitaria de la lingüística, ya que el cometido que se le asignaba era la elaboración de diccionarios, actividad que, por otra parte, no estaba muy bien valorada

ya que con mucha frecuencia los diccionarios se copiaban los unos a los otros. Sin embargo, en el último cuarto del siglo pasado, aunque con antecedentes ilustres como el de Julio Casares, las cosas han cambiado sustancialmente.

¿En qué consiste ese cambio?

En que la lexicografía ha sentado los principios teóricos sobre los que debe basarse su actividad, tomando al diccionario como objeto de estudio, en su forma externa e interna, en su contenido, en su historia, en las relaciones con el usuario y las necesidades que tiene éste..., a la vez que se sentaban los criterios que deben seguirse en su redacción.

Ya entramos en materia. ¿A qué se refiere, en concreto?

Pues en que las empresas que comercializan diccionarios se han dado cuenta de que no son un producto comercial cualquiera, que era necesario agilizar el proceso de redacción, hacerlo más moderno, y que debía estar en manos de verdaderos especialistas, no en manos de personas que, aun con la mejor intención del mundo, no poseían la formación necesaria para los nuevos cometidos. Así, las editoriales fueron creando equipos de redacción y España pasó de ser un país con dos o

tres lexicógrafos a tener un numeroso grupo de ellos.

¿Cómo se trabajaba?

Esto ha sido otro calvario, pues no solamente bastaba con saber hacer diccionarios o cómo debía ser su contenido, sino que era preciso buscar las fuentes de información para proporcionar informaciones objetivas recogidas de modo directo, y había que preparar los materiales de manera que todo el contenido fuese coherente. Así, muy pronto, **hubo que trabajar con ordenadores y acostumbrarse al manejo de las bases de datos**, cuando su futuro no podía imaginar ni el más atrevido. Los lexicógrafos han sido testigos de los cambios tecnológicos, y los han padecido.

Volviendo al comienzo, al lexicógrafo, ¿cómo se llega a serlo?

No entiendo muy bien la pregunta, ¿se refiere a la vocación personal o a los estudios necesarios?

Hábleme en primer lugar de la formación profesional.

Como le he dicho antes, **el desarrollo de la lexicografía teórica es muy reciente**, razón por la que no aparecía en las asignaturas de los planes de estudios universitarios, aunque **de vez en cuando figuraba junto a la lexicología**, o nada más que esta, pues frecuentemente se confundía la una con la otra, incluso todavía hoy. Sin embargo, **en la actualidad está en todas las universidades**, en unas ocasiones compartiendo asignatura con la lexicología, en otras aisladamente, e, incluso, en alguna universidad pueden encontrarse varias asignaturas de lexicografía en la licenciatura de Filología Hispánica. También en los estudios de doctorado y en los másteres universitarios pueden verse asignaturas de lexicografía, incluso hay algún máster de especialización. Por otro lado, la Real Academia Española, juntamente con la Asociación de Academias de la Lengua, viene organizando anualmente un curso, la Escuela de Lexicografía Hispánica, cuyo objetivo es la formación de lexicógrafos de los diferentes países hispanoamericanos para que desarrollen su actividad en las academias de aquel continente.

¿Y hace falta una vocación personal?

La lexicografía no puede ser una excepción. Hay que tener una gran afición por la lengua española y por la lingüística, y, por encima de todo, una gran constancia en el trabajo. **Analizar un diccionario requiere de mucho tiempo y de muchos conocimientos**; imagínese

Hay que tener una gran afición por la lengua española y por la lingüística, y, por encima de todo, una gran constancia en el trabajo [...]

lo que supone la realización de uno de ellos. Los primeros académicos tardaron trece años desde la fundación de la Academia hasta sacar el primer tomo del *Diccionario de Autoridades*, y otros trece más para llegar al sexto. Y así todos los demás, lo cual explica que muchos hayan quedado truncados antes de ver

el final (como le ocurrió a la segunda edición del *Diccionario de Autoridades*).

Y Vd., ¿cómo llegó a serlo?

Ahora, volviendo la mirada hacia atrás veo algunos hitos que pueden haber ido señalando el camino, aunque algunos de ellas no creo que fuesen colocados de forma totalmente voluntaria o dirigida hacia la lexicografía. Bien es cierto que cuando finalicé mis estudios universitarios quise ampliar lo aprendido y me marché a Francia, donde fui alumno de Bernard Quemada, el artífice de la moderna lexicografía (y de la lingüística computacional) en Europa, con quien terminé realizando una tesis de tercer ciclo, mi primer libro sobre la materia, el *Proyecto de lexicografía española*, que todavía sigue citándose pese a los 36 años que tiene encima, y pese a que prácticamente todo su contenido está envejecido. Pero antes había hecho mi tesis española, sobre un poema del Messter de Clerecía, la *Vida de San Ildefonso*, que acompañé de unas concordancias realizadas con ordenadores (con aquellos ordenadores). Entonces se me planteó una batería de problemas que me han perseguido hasta hoy, pues son la esencia misma de la actividad del lexicógrafo: cómo ordenar las palabras, ¿se deben agrupar las variantes gráficas?, ¿y las léxicas?, ¿cómo hacerlo?, ¿cómo diferenciar los sentidos y las acepciones?, ¿cómo hacer las definiciones?, etc. Después, o casi al mismo tiempo, hice mis primeros trabajos en los que trataba temas de lexicología, de lexicografía, de formación de palabras. Cuando

en 1977 llegué a la recién creada Universidad de Málaga, y a falta de una biblioteca suficiente, mis pasos se dirigieron hacia el tratamiento automatizado del léxico y la elaboración de repertorios, y en ese sentido orienté a mis primeros discípulos, a la vez que, entre todos, íbamos adentrándonos en

la historia de nuestros diccionarios, sin hacer, y todavía hoy a falta de una amplia visión de conjunto, pese a todo lo que ya se ha publicado.

Hábleme un poco de sus diccionarios.

Los resultados de aquellos trabajos iban siendo conocidos por las personas más allegadas, y por quienes tenían unos intereses coincidentes. Así, tras haber dado a la luz en colaboración con Aurora Miró el *Diccionario de siglas y abreviaturas*, que me valió para ir conociendo los problemas de la documentación léxica, y otros de índole morfológica y gráfica, en 1983 el Bibliographisches Institut de Mannheim me encomendó la parte española de los conocidos diccionarios *Duden* por imágenes, para lo que organicé un pequeño grupo de colaboradores, que me sirvió de experiencia para otro encargo de ese mismo año que me hizo la editorial Biblograf para la automatización, revisión, aumento y actualización del conocido *Diccionario general ilustrado de la lengua española*, el Vox.

El trabajo debió ser agotador, ¿no?

La tarea nos tuvo ocupados cuatro años, y los resultados debieron ser del agrado de los editores, pues la editorial Anaya, que acababa de adquirir a la otra empresa, montó un centro lexicográfico en Málaga bajo mi dirección con el fin de que se renovase toda la línea de diccionarios Vox, además de llevar a cabo algún proyecto de cierta trascendencia, como es la confección de un corpus léxico que sirviera de base para nuestros trabajos. Este tenía un volumen de diez millones de palabras, el mayor que se había hecho hasta el momento para el español. Gracias a él, los diccionarios Vox, que aparecieron durante la década de 1980 y buena parte de la de 1990, reflejaban usos modernos. El equipo trabajaba a plena satisfacción y los retos

se iban cumpliendo no sin pocos sacrificios. De este modo, dimos a la luz un *Diccionario ideológico* redactado a partir de nuestros propios materiales, y con una organización original, destinado a su empleo en la enseñanza media, y que hoy, lamentablemente, ya no se comercializa.

¿Cuándo se hizo el DiPELE?

El *DiPELE (Diccionario para la enseñanza de la lengua española)* es el primer diccionario de español para extranjeros, y fue homologado para la enseñanza de nuestra lengua por el Instituto Cervantes. La ejecución correspondió a la editorial Biblograf-Vox y a la Universidad de Alcalá, centrándose en esta y con otro equipo de personas, pues en Málaga el trabajo nos desbordaba, aunque se utilizaron los materiales de Biblograf, si bien contrastados con datos sociolingüísticos, y se les prestó cuanto apoyo necesitaron; aun así, para la transcripción de la pronunciación, que se hizo de forma automática, recurrimos al profesor Hiroto Ueda, en Japón, que tenía experiencia en labores similares a la nuestra. Las novedades de esta obra, repito, pionera para el español,

fueron muchas, lo que nos proporcionó no pocos quebraderos de cabeza, pues queríamos que su contenido fuese comprensible por los usuarios, fundamentalmente extranjeros que aprenden español.

¿Se sigue trabajando en ese Centro de Lexicografía?

A mediados de los años 90 los cambios de orientación en la editorial, se quiso centrar la redacción de los diccionarios monolingües en Barcelona, y la actividad del Centro comenzó a decaer, aunque las ideas que quedaban por desarrollar eran muchas. Mi traslado a la Universidad Complutense de Madrid a comienzos de 1997 fue la excusa para terminar con el Centro, sin buscar otras soluciones, salvo la de controlar todo en la Ciudad Condal con personas de allí.



¿Cuáles eran esas ideas que no pudieron llevarse a cabo?

En mi cabeza había dos primordiales. La primera de ellas era factible, pues se trataba de la confección de un diccionario de neologismos, paralelo y complementario de los que realizábamos, y para el que había ido reuniendo algunas fichas. Como la editorial no daba luz verde para su realización, decidí acometerlo como proyecto universitario, y así en 1994 publiqué el *Diccionario de voces de uso actual*. Después seguí acumulando datos, y cuando en 2001 apareció la nueva edición del diccionario académico reelaboré y actualicé mis datos, prescindí de las palabras que había admitido la Academia, y en 2004 se publicó en *Nuevo diccionario de voces de uso actual*, mucho más extenso que el anterior.

¿No había ningún proyecto más?

Sí, había otro, aunque de demasiada envergadura para que lo llevase a cabo una empresa comercial, por el tiempo que requería su ejecución y la cantidad de personas necesarias para terminarlo en un plazo razonable. Logramos la financiación Lidio Nieto y yo, e, incluso, a mí se me concedió un becado de investigación para ayudar en la ejecución; más adelante llegaron otras ayudas ministeriales. Lo pusimos en marcha, aumentando la relación de repertorios léxicos anteriores a la fundación de la Academia hasta 145, el doble de los que había

empleado nuestro antecesor. Durante once años la labor fue frenética buscando originales, transcribiendo manuscritos, tecleando datos, organizando los materiales... En el tramo final de los trabajos, la Real Academia Española se interesó por lo que teníamos, pues eran unos materiales preciosos para el

relanzado *Diccionario histórico* de la Institución, y patrocinó la edición. En los últimos días de julio de 2007 tuvimos en nuestras manos los 11 volúmenes de la obra con sus 11 000 páginas de abigarrado texto.

E, incluso, ha tenido los ánimos suficientes para publicar un diccionario de madrileñismos este mismo año.

Así es. La lexicografía es un gusanillo que llevo dentro y que no me deja parar.

¿Cómo se le ocurrió hacerlo?

La historia es un poco larga. Durante la revisión del *Diccionario general ilustrado de la lengua española*, que ya he mencionado, me di cuenta de que las localizaciones geográficas de las voces y acepciones dejaban mucho que desear, como en cualquier otro diccionario. Ello es debido a la limitada visión que tenemos del léxico de nuestra lengua. A principios de la década de 1980 se me había ocurrido que podría hacer una base de datos con todos los vocabularios y glosarios de

términos regionales peninsulares. Nada más mirar el panorama que hay vi que la idea era inabarcable. Decidí limitarme a las hablas andaluzas, pues me encontraba en Andalucía trabajando, y emprender la tarea desde la Universidad de Málaga. En 1998 solicité una nueva ayuda ministerial para la publicación, que entregué a la imprenta al año siguiente y en el 2000 apareció el *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*,



La lexicografía es un gusanillo que llevo dentro y que no me deja parar.

sobre el que he seguido trabajando pensando en una posible nueva edición. Para entonces ya me encontraba en la Universidad Complutense, por lo que pensé hacer algo similar para las hablas madrileñas. El empeño era grande por la nivelación lingüística que hay, por la pérdida del carácter rural,

por la poca extensión geográfica de la Comunidad madrileña, y por otros motivos.

¿Cómo se ha hecho ese diccionario?

En realidad se concibió como un tesoro lexicográfico en el que se acumulasen las palabras recogidas en cuantos glosarios, vocabularios y listas de voces de uso local, comarcal o regional se hubiesen publicado y de las cuales tuviésemos conocimiento, entre las que están, también, las que el diccionario académico pone como de uso en Madrid. Para completar esos datos, hemos buscado en un amplio repertorio de tratados, artículos, monografías, etc., de carácter científico, de descripciones de la naturaleza, de actividades folclóricas, de etnografía, etc. Además, hemos manejado folletos de información turística, programas de fiestas locales, y cuantos impresos podrían sernos de interés. Muchas de esas fuentes no nos han proporcionado ni una sola voz, y otras una o muy pocas. Todas las informaciones obtenidas han sido ordenadas, al tiempo que se han normalizado grafías y variantes (con las correspondientes remisiones internas), se han definido las voces

que carecían de definición, se han unificado las definiciones distintas que daban cuenta de la misma realidad, se han corregido otras para darles una forma propia de un diccionario, etc. En definitiva, el resultado final (el representado por la segunda edición) son casi 8000 artículos y 12 000 definiciones, a partir de 191 fuentes distintas, más los datos de las encuestas y las voces que se han obtenido de manera más o menos esporádica. El trabajo que parecía una quimera es una realidad sorprendente por lo que representa y por lo que contiene, además de ser una contribución para el conocimiento del léxico de nuestra lengua y así poder valorar la distribución geográfica de las palabras.

No es poco lo que ha hecho.

Gracias. Y eso que no he hablado de otros diccionarios salidos de este taller, y de los trabajos de investigación teórica. Ya le decía, el trabajo del lexicógrafo es mucho y continuado, además de apasionante, y, de vez en cuando, gratificante. El desánimo no tiene lugar entre nosotros, aunque las fuerzas parezcan decaer en ocasiones. ■

MANUEL ALVAR EZQUERRA Y LA LEXICOGRAFÍA

CARMEN CAZORLA VIVAS.

M^a ÁNGELES GARCÍA ARANDA.

Universidad Complutense.

Manuel Alvar Ezquerra es catedrático de Lengua española en la Universidad Complutense de Madrid (actualmente es el catedrático de más antigüedad del área) y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Ha sido profesor en la Universidad de La Laguna, de la Universidad de Alicante y especialmente de la Universidad de Málaga, donde ejerció durante veinte años. Ha impartido numerosos cursos y conferencias en centros de España, Europa y América, por ejemplo en Roma, París, Venecia, Wisconsin, Bérgamo, Lovaina o Puerto Rico. Su labor investigadora se ha centrado fundamentalmente en el estudio del léxico y los diccionarios del español, a los que ha dedicado la mayor parte de su producción. Es autor de más de doscientos cincuenta trabajos científicos sobre lexicografía y lexicología del español. Entre sus libros destacan *Proyecto de lexicografía española* (1976), *Lexicología y lexicografía. Guía bibliográfica* (1983), *Lexicografía descriptiva* (1993), el *Diccionario de voces de uso actual* (1994), *Conquista, emigración, repoblación y habla* (1994), el *Vocabulario de indigenismos en las crónicas de Indias* (1997), el *Tesoro léxico de las hablas an-*